

los años cincuenta, presupone la distinción dualista entre dos sectores: uno, atrasado o de subsistencia, y otro, avanzado y capitalista. El primer sector tendría como única función en el proceso de desarrollo la de suministrar mano de obra (*unlimited supplies of labour*) al sector avanzado. Si se presupone (como Román lo hace) que esta mano de obra se encontraba en régimen no de paro encubierto, sino de subempleo, el proceso provoca un deterioro de los términos de intercambio entre los dos sectores, disminuyendo la producción del primero.

Ahora bien, el modelo de Lewis ha recibido fuertes críticas por su minusvaloración de la capacidad de comercialización y acumulación del primer sector. André Gunder Frank, entre otros, ha señalado la grave mistificación que supone el modelo dualista de las relaciones entre los dos sectores de la economía. Así, la aceptación de la hipótesis de Lewis parece, cuando menos, peligrosa y crítica.

Pero, sin duda, las mayores objeciones al trabajo de Román son las que pueden formularse a la vista de sus resultados, por cuanto éstos reflejan, simultáneamente, las limitaciones del método empleado y los presupuestos ideológicos subyacentes a la utilización de dicho método. Para Román, «la eliminación del conjunto de fuerzas institucionales que obstruyen la transformación de la economía nacional en un sistema de crecimiento económico viable parece exigir la cooperación de los intereses empresariales y obreros, hasta el punto de que tienen que ser desechadas las concepciones hegemónicas de dominación de un grupo sobre otro. Sin esta cooperación, continúa bloqueada la vía de transformación por las fuerzas proclives al estancamiento, enraizadas

en los sectores atrasados de la economía (agricultura), la organización política (la burocracia), y las instituciones sociales asociadas con ellas» (p. 112).

Obviamente, esta propuesta de colaboración entre intereses empresariales y obreros denuncia los presupuestos ideológicos del dualismo de Lewis, que, como ya señalaba Gunder Frank, ofrece una justificación teórica a los programas de colaboración de clases propuestos desde perspectivas propias de la burguesía radical, inaceptables desde la perspectiva de la clase trabajadora. Román suministra más claramente aún indicios sobre sus presupuestos ideológicos cuando cita la concepción de Schumpeter del empresario como sujeto agente del desarrollo económico, frente al que se alzan como único obstáculo, los intereses institucionalizados precapitalistas.

El problema es que, como señalara Marx, la burguesía deja de ser, en determinado momento de su actuación histórica, motor del desarrollo, para convertirse en su principal obstáculo. Por eso, la propuesta de colaboración de clases que contiene el libro de Román resulta insostenible cuando se advierte que el modelo dual de la economía es falso y descabellado para describir un capitalismo como el español de la expansión posterior a 1959. Por supuesto que la economía española precisa cambios estructurales, precisa el desmantelamiento de las fuerzas institucionales que frenan nuestro desarrollo. Pero afirmar que esta tarea histórica corresponde al empresario es querer ignorar que tales fuerzas institucionales no tienen su origen en intereses precapitalistas, sino en los intereses del capitalismo monopolista. No hay ya ninguna revolución burguesa pendiente en España. ■ **LU. DOLFO PARAMIO.**

## Alteraciones andaluzas

Entre 1647 y 1652, Andalucía conoce una etapa de marasmo. No es la primera en su agitada historia, ni tampoco será la última. Si era, desde luego, una de las más ignoradas hasta la reciente aparición del libro «Alteraciones andaluzas» del profesor Antonio Domínguez Ortiz (1), quien por excesiva modestia no tiene razón al atribuir poca importancia a los hechos investigados en su excelente y pormenorizado trabajo. Para la historia de Andalucía sí que la tuvieron, y además extraordinaria, pues contribuyeron al aumento de su sometimiento y postración. Todavía hoy, a pesar de unas riquezas evidentes, Andalucía es pueblo de emigración, como muestra de un fenómeno señalado ya por el padre Las Casas (2).

Estos cinco años fueron de hambre y sangre. Hubo revueltas que «estaban tan faltas de organización como de contenido ideológico». Eran sólo la expresión de unas condiciones de vida intolerables para las clases bajas, producidas por una serie de hechos, variables en el espacio y en el tiempo, cuyos factores más constantes eran: dureza del régimen señorial, presión creciente del Estado moderno en formación, cuyas exigencias se manifestaban en forma de guerras frecuentes y fiscalía onerosa por su desigualdad y su des-

tino a gastos no reproductivos». Domínguez Ortiz las incluye dentro de la crisis general sufrida por Europa a mediados del siglo XVII (3).

El hambre fue la espoleta que hizo estallar los disturbios. En un esfuerzo por hacer asequible la situación de entonces, el autor elaboró una traducción de medidas y monedas. De acuerdo con ella, así serían más o menos algunas retribuciones salariales y algunos precios: un peón venía a ganar el equivalente de 142 pesetas de ahora y un artesano sacaba 220 diarias; por una misa cobraba el cura veinte duros; y los sueldos mensuales del médico de un pueblo y de un teniente de arcabuceros eran, respectivamente, de 10 y 16.000 pesetas. El kilo de pan costaba 17 pesetas; el litro de vino, 37, y el de aceite, 75 pesetas.

El pan era básico en la dieta alimenticia de los pobres. Fray Juan Martínez, confesor de Felipe IV, escribió: «La más gente de Castilla y mucha gente de Andalucía se sustenta con sólo pan y algunas yerbas». Y en un «Tratado de la tasa del pan», publicado por entonces, se dirá: «Casi todo lo que comen los labradores pobres es pan». El presidente de una Chancillería andaluza escribía a Madrid: «Aquí, señor, en habiendo pan hay muy poco que temer». Además de pan, los que podían comían carne, a excepción de los moriscos, que preferían una alimentación más racional, con predominio de verduras, motivo por el cual se burlaban de ellos, a pesar de que evitaban la frecuente gota (enfermedad que amargó a Carlos V) y «disfrutaban de una longevidad superior a la de los cristianos viejos».

El poder central intentó fijar el precio del

(3) Sobre este tema puede verse el prólogo del mismo autor a su libro «Crisis y decadencia en la España de los Austrias». Ariel, 1969.

pan estableciendo una tasa para el trigo. Pero eran los municipios y no la Administración (carente de fuerzas de orden público) quien la aplicaba, y como ya ocurría que los grandes propietarios caciqueaban en ellos, la tasa no se respetaba. La rigidez de la demanda era absoluta, porque la costumbre de comer no suele perderse. La escasez provocada por unas malas cosechas (había ya sequías pertinaces), la inexistencia de buenos silos para almacenaje, la dificultad del transporte a lomos de mula o en rudimentarios carros desde Castilla a Andalucía (generalmente, como hoy, sólo a través de Despeñaperros), las dificultades monetarias y de cambio, etcétera, favorecieron la especulación.

Y así estaban las cosas cuando la mañana del 16 de enero de 1647 varios ejecutores judiciales llegaron a la villa de Lucena dispuestos a recaudar impuestos extraordinarios. Los vecinos discutieron y terminaron amotinándose, sacando de la cárcel a dos hombres que habían sido detenidos «por decir a un juez de éstos que sería un cabrón quien pagare». Igual ocurrió más tarde en el pueblo de Ardales, cercano a Málaga, donde se gritó «Viva el Rey y muera el mal Gobierno», como de costumbre, y se quemaron papeles sellados y hojas de contribuciones. Loja, Montefrío, Comares, Albuñuelas... también se sublevaron. En pocos años los disturbios se encendieron desde Vélez-Blanco, al Oriente, hasta Ayamonte, al Poniente, y de Córdoba a Tarifa. La represión fue brutal. En uno de los 37 documentos que Domínguez Ortiz facilita al final de su interesante libro, titulado «Memoria de los cabezas del tumulto y alteración del pueblo de la ciudad de Córdoba», se dan los nombres de cinco de ellos. Uno, «se entró religioso». Los cuatro restan-

tes llevan junto a su nombre (Juan de la Cruz, Alonso Baptista, Joseph Duque, Antonio de Rojas) la frase «que se ajustició». Un representante de la escasa clase media escribía al presidente de Castilla, a propósito de la represión en Córdoba: «Estos caballeros, que se sienten agraviados de la turbación pasada, dando ellos la causa con haber retirado el trigo, se venguen con ahorcar y azotar a tantos, que a no faltar de una parroquia sola más de 300 hombres fuera mayor el número...».

Domínguez Ortiz señala que estas revueltas «no consiguieron absolutamente nada», a diferencia de las casi contemporáneas de Cataluña y Portugal, de carácter político conservador. Las andaluzas fueron llevadas a cabo por la llamada «plebe urbana» (la más afectada por la escasez de pan), que en unos casos tuvieron cierto apoyo en los clérigos y en otros su enemiga. Por ejemplo, en Córdoba, el dominico fray Pedro de Tapia, obispo de la ciudad, estuvo al lado del pueblo. En Sevilla, el arzobispo, pariente de la nobleza, estuvo enfrente. ■ **VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO.**

## Democratización de la Iglesia

Este breve y esquemático libro, uno de los más claros sobre el debatido problema de las estructuras democráticas de la Iglesia, ha sido escrito por el grupo católico alemán de Benschberg, y publicado en España recientemente por la editorial Desclee de Brouwer.

El Círculo de Benschberg se hizo célebre en 1968, por el «memorándum» que publicaron acerca de los problemas polaco-germanos; y un año después, con el segundo «memorándum» sobre Los cristianos y la guerra del Vietnam.

En 1966 se creó este

(Pasa a la pág. 77)



ARCO

la penúltima tentación.

ocean®



## Con los recambios, no se juega!

Entonces, por que aceptar recambios extraños cuando Ud. tiene derecho a exigir recambios originales SEAT...?  
La pequeña atención que Ud. dedica a verificar la autenticidad de un recambio SEAT, le será recompensada con mucho tiempo de conducción sin problemas.

Recambios originales SEAT, creados, fabricados, verificados y homologados por SEAT, para su tranquilidad.



UNICAMENTE EN ESTAS CAJAS

**SEAT** un largo camino recorrido juntos



LA LUZ,  
EL AGUA,  
LA LIMPIEZA...  
...TODOS LOS  
SERVICIOS  
SON "GRATIS"  
LAS VACACIONES...  
"GRATISIMAS."

¿Crée que en el precio del chalet para sus vacaciones, debe incluirse la luz, el agua, el gas, la limpieza, y todo tipo de servicios?

**SI**

Pues si piensa de ese modo, aún se queda corto. Porque en la Ciudad Residencial Toscamar no le cobraremos nada aunque se pase el día debajo de la ducha, o guise para 200 invitados, o utilice la calefacción en verano. No le cobraremos ni la T.V. ni el Hilo Musical, ni el teléfono (salvo llamadas interurbanas, claro), ni el servicio de limpieza...

No le cobraremos, aunque la vida suba. Aunque todo esté cada día un poco más caro.

A la hora de pagar no tendrá sorpresas desagradables, hoy... ni el año próximo... ni nunca.

Porque en la Ciudad Residencial Toscamar todo es "gratis", para que Vd. pase unas vacaciones "gratisimas".

**est**

CIUDAD RESIDENCIAL TOSCAMAR

SI DESEA AMPLIAR INFORMES, REMITANOS ESTE CU-  
PON AL APARTADO DE CORREOS 8.391 - MADRID

NOMBRE \_\_\_\_\_

DOMICILIO \_\_\_\_\_

LOCALIDAD \_\_\_\_\_ TEL. \_\_\_\_\_

Oficinas de Ventas en:

JAVEA • Almirante Bastarache, 4 - Telf. 391 - 380  
MADRID • Almagro, 11 - Telf. 419 78 20  
VALENCIA • Moratin, 11 - 7.º - Telf. 21 66 70  
ALICANTE • Médico Manero Moya, 13 - Entlo. Ocho. 6 - Tel. 21 21 54  
CASTELLÓN • Edificio La Paz - Pl. de la Paz, 6 - Tel. 22 16 58  
BARCELONA • Mayor de Gracia, 91 - Telf. 228 08 08



# ARTE • LETRAS • ESPECTACULOS

(Viene de la página 72)

Círculo, formado por publicistas, especialistas en ciencia política y representantes del Movimiento Pax Christi. La finalidad de este grupo era dialogar y reflexionar sobre cuestiones básicas que el mundo actual plantea a la Iglesia y a la sociedad humana, favoreciendo el proceso de democratización, que es una de las características de nuestra época.

En 1970 fue aprobado un nuevo «memorándum» sobre la democratización en la Iglesia; y este libro que comento resume ordenadamente los principales puntos de este estudio casi exhaustivo que han hecho estos significados católicos alemanes.

En estos tiempos ha habido grandes discusiones dentro de la Iglesia acerca de su posible democratización, y son muchos los que objetan que esta democratización es imposible, porque el origen de la Iglesia es sagrado y, por tanto, intangible.

Pero estos católicos germanos aclaran muy bien que una cosa es que los creyentes creamos que Cristo es la cabeza de la Iglesia y de toda su estructura, y otra muy distinta que sacrilegemos excesivamente el poder de un jerarca determinado en la misma. En la comunidad de los creyentes, todos son iguales, aunque tengan funciones diferentes; y todos son responsables de su funcionamiento: como personas humanas que son, no pueden jamás abdicar de su iniciativa y de su participación activa en algo que les afecta profundamente en su calidad de personas.

Son muy interesantes los datos históricos que resumen tanto el proceso democrático de la primitiva Iglesia, que, poco a poco, se fue perdiendo, como la constitución de los Concilios Euménicos de la antigüedad cristiana, donde siempre estuvieron presentes y activos los seculares.

También es muy interesante el replanteamiento que hace de la historia medieval de la Iglesia. Para estos católicos, la intervención de los Emperadores, Reyes o el pueblo en la marcha de la Iglesia tuvo muchos defectos, pero no fue ilegítima. Del mismo modo que las destituciones de eclesiásticos por los simples fieles entraban dentro de esta conciencia de la responsabilidad que el creyente debe tener en su Iglesia.

Solamente con la lectura completa de este libro se podrá dar cuenta de lo acertado de sus conclusiones, que no quedan invalidadas por las objeciones corrientes de muchos católicos que ven todavía la Iglesia como una pirámide clerical, y no como una comunidad vital de hombres vivos. ■ ENRIQUE MIRET MAGDALENA.

## TEATRO

### «La ciudad en la que el príncipe es un niño»

Seis años después de su presentación en París, se estrena en España esta obra de Montherlant. La versión es escrupulosamente fiel a la original, salvo en lo referente al título. Entre nosotros es «La ciudad en la que reina un niño».

La crítica española ha expresado, en general, admiración por este texto, ya que, dice, rezuma delicadeza y buen gusto, teniendo en cuenta, además, lo «delicado» de su tema. El propio adaptador, Joaquín Calvo Sotelo, explica cómo esta obra se separa de «las cabriolas, los ciem-

piés y las toninadas» para ofrecer «otra cosa distinta, más alta y más bella». Nos encontramos, pues, a juicio de muchos, ante una obra que devuelve al teatro su propia esencia (la delicadeza y la palabra) y que protesta tácitamente contra los «excesos» de un teatro moderno, violento y de «mal gusto».

Es evidente que estos comentarios son posibles en la obra que nos ocupa, ya que «La ciudad...», como las restantes obras teatrales de Henry de Montherlant, responde a su espíritu decadente y burgués, hábil manipulador de una literatura sofisticada que permite el olvido sistemático de la realidad. Así, en esta obra, en función de la «delicadeza» del tema —las «amistades particulares» en un colegio religioso de rígida estructura, y los ambiguos sentimientos de un sacerdote hacia uno de sus alumnos—, se falsean los términos de la creación. Ni las situaciones, ni los niños, ni los mayores de la obra, tienen conexión alguna con auténticos personajes de la vida de carne y hueso. Ni ante la posibilidad de entender la obra de Montherlant en un plano psicológico es admisible el escamoteo de datos y situaciones que posibilitarían la total comprensión del drama. Estos datos no afectan sólo a lo que Montherlant elude —es decir, al desarrollo de la situación, en términos que permitan una generalización crítica—, sino a su propio planteamiento. Según éste, a comienzos del primer acto está claramente descrita la relación sentimental que une al sacerdote con su alumno preferido, y la violencia que desata contra quien, a su juicio, le separa de él. La siguiente hora y media de espectáculo no hace sino insistir en esa presentación, sin que en ningún momento —salvo quizá en un mínimo desarrollo anecdótico— el conflicto progrese.

Hasta el tercer acto de la obra no se le ofrece al espectador la posibilidad de entender lo que se le presenta en un plano, digamos, moral. El superior del colegio reprime al sacerdote inquieto y le conmina a no cambiar el amor que motivó su ejercicio sacerdotal por otro diferente; el planteamiento de Montherlant se ofrece aquí con cierta claridad. El Amor (con mayúscula) sólo es posible por medio del sacrificio; el que se complace en un rostro no es digno de tal nombre.

La tesis de la obra (si es que así se puede calificar al «mensaje» de última hora) no hace sino corroborar la deficiente estructura general de la misma: la escasa agilidad de todo el texto viene acompañada de esta periclitada concepción de las relaciones amorosas. El ensalzado respeto que se dice Montherlant siente por sus personajes no es sino escamoteo de vitalidad, cuando no de autenticidad; en definitiva, la moral de esta comedia es la de un hombre solitario que se sublima a sí mismo.

Quizá influya en esta apreciación la desconexión que existe entre «La ciudad...» y el posible desarrollo de su argumento desde una perspectiva española. La «qualité» de Montherlant, traducida en este caso, como se ha dicho más arriba, en finura de formas e insuficiencia de fondos, poca relación tiene con los términos drásticos que esa perspectiva española la exigiría. Y esto es fácilmente deducible del montaje que ha dirigido José Luis Alonso. Sus actores —primordialmente el argentino Alfredo Alcón— reprenen sus gestos en función de la sobriedad y la exquisitez. O tratan de reprimirlos, que para el caso es lo mismo. Pero cuando el texto llega a su intensidad máxima —final del tercer acto—, Alfredo Alcón no se resiste al histrionismo. Su tragedia interior se traduce en desmelenamiento y gri-

tos. De igual forma, los niños actores de esta versión española han sido «marcados» por Alonso de forma que puedan «hacer» algo en el escenario —aun cuando ese «algo» no conecte de ninguna manera con lo que están diciendo—, ya que, lógicamente, ha intuido que no es posible mantener la «tensión» anunciada a costa de un diálogo monótono.

«La ciudad en la que el príncipe es un niño» es una obra que difícilmente conecta con una visión contemporánea de la vida. La supuesta belleza literaria de su expresión no es suficiente para embarcar a un espectador de hoy en la búsqueda de alicientes mejores. ■ RAMON VALLE.

### Grupos colombianos

En numerosos países, el teatro profesional al viejo estilo —para el que suele reservarse el nombre de «comercial»— convive con un nuevo concepto del profesionalismo, situado en la línea de lo que llamamos en España Teatro Independiente. En Colombia, la situación es distinta. El teatro «comercial», es decir, aquel que se monta sin otra razón que sus posibles beneficios, apenas existe, mientras abundan los grupos —algunos, con local propio— que intentan compatibilizar la profesionalidad con un trabajo lleno de compromisos críticos.

Los grupos se distribuyen entre dos asociaciones fundamentales, la Asonatu (Asociación Nacional de Teatro Universitario) y la Corporación de Teatro Colombiano. La primera, por el carácter no profesional de sus componentes, pone su acento casi exclusivamente en la lucha política y conoce y sufre todas las crisis de la izquierda colombiana; la Corporación, aun estando también formada por grupos muy

atentos a la realidad nacional, desarrolla un trabajo mucho más estable. A la Corporación pertenecen el Teatro Popular de Bogotá, La Candelaria y el Teatro Experimental de Cali, los tres grupos de mayor personalidad y rigor que hoy existen en Colombia. Tres modelos a seguir en no importa qué país por los que quieran luchar contra la organización tradicional del teatro.

Características generales de estos grupos son:

1. Poseer un local propio y proyectar sobre el mismo su personalidad. Basta, en efecto, entrar en el TPB, confortable, a la italiana, situado en el centro de la ciudad, y en La Candelaria, casa del viejo barrio colonial, con una sala sin escenario, con los espectadores escalonados en los practicables, para descubrir un estilo teatral distinto, una búsqueda diferenciada de públicos. La programación lo confirma, y así, mientras en La Candelaria presentan «La ciudad dorada», una especie de simplicísimo teatro-informe sobre los barrios de «asaltos», contruidos ilegalmente por la inmigración, en el TPB ofrecen una excelente versión de «El enemigo del pueblo». En la que, dicho sea de paso, se eliminan los equívocos de la versión española —tomada de Arthur Miller—, añadiendo una escena destinada a aclarar que el protagonista no encarna la rebelión «inevitable» de la minoría contra la mayoría, sino la lucha contra la enajenación organizada de la sociedad en beneficio de unos pocos, que es todo lo contrario de un recto concepto de mayoría.

2. Una política de precios. Obreros y estudiantes pagan una cifra irrisoria por sus localidades. El resultado es que las cantidades recaudadas guardan una proporción inversa con los objetivos sociales de los grupos. Problema que resuelve el hecho